

ven las peores razas. Esto se debe también á que en estas últimas regiones se trata peor al animal, mientras que en las primeras se procura mejorar la raza por medio de buenos cruzamientos, notándose que aun aquí se tratan bien únicamente los asnos de cualidad, siendo la suerte de los demás igual á la de los del centro del Africa. En España, por ejemplo, adornan al animal con borlas, rosetas, campanillas, gualdrapas de color, collares, etc., y su dueño cree que con esto está el animal mas satisfecho y orgulloso; esto sin embargo, no le impide que le trate mal y le haga trabajar sin descanso, apaleándole de la manera mas cruel. La misma suerte tienen los pobres animales en la mayor parte de los países de la América del sur. «Sobre todo en el Perú, me escribe Hasskarl, el asno es el sér mas atormentado del mundo y el animal comun de carga. Tiene que llevar piedras, madera para la construccion de las casas, agua para el menaje y otras cargas, en fin, todo lo que el hombre, demasiado perezoso para llevarlo el mismo, ha menester. Y además se pone el pesado zambo ó mestizo de los indígenas y de los negros, sobre las ancas del pobre animal, administrándole cruelmente una lluvia de palos. Tampoco es raro ver dos jinetes á la vez sobre el asno.»

»Hay en Lima un proverbio que llama á esta ciudad el cielo de las mujeres y el infierno de los asnos. Nunca se ve aquí este animal andar con el paso perezoso de nuestro asno, sino siempre correr ó trotar. En ninguna parte se oye con tanta frecuencia el quejoso ¡ah, acompañado de los reniegos de los borriqueros y del chasquido del látigo, y aun hoy me creo en la Plaza mayor de Lima cuando de repente oigo los gritos de un asno.»

Tampoco en el Egipto el asno es bien tratado; todo el mundo se cree con derecho á hacerle su esclavo; el mismo mendigo tiene también su asno, en el cual monta para llegar hasta el punto donde pide la limosna, abandonándole despues para que vaya á pacer en la tierra de Dios, montándole de nuevo cuando quiere volver á casa. En parte alguna del mundo se montan tanto los asnos como en Egipto, donde son indispensables para las comodidades de la vida, empleándolos, lo mismo que entre nosotros los coches de alquiler, y nadie se expone al ridículo cabalgando en un asno. Las calles del Cairo y de Alejandría son tan estrechas, que únicamente el asno puede fácilmente abrirse paso en ellas, y por eso se ve á cada paso al borriquero, conduciendo su asno por medio de la continua corriente de hombres que invade las calles. Los borriqueros del Cairo forman una verdadera comunidad y pertenecen tanto á la ciudad como sus minaretes y palmeras; aquellos son tan indispensables para los naturales del país como para los extranjeros; todos los días se les debe estar agradecidos por alguna cosa, pero también se excita continuamente la bilis en el trato con ellos. «Es una verdadera alegría al par que una miseria, dice el lugareño de Egipto, tener que tratar con estos borriqueros: no se sabe qué hacer de ellos y no se puede decir que son buenos ni malos, intratables ó serviciales, holgazanes ó activos, atentos ó insolentes; son una mezcla de cualidades recomendables y de todos los defectos posibles.»

Encuétralos el viajero apenas llega á las playas de Alejandría; en todas las plazas y calles se les ve con sus asnos desde que sale el sol hasta que se pone. La llegada de un buque es para ellos un acontecimiento: tratan de apoderarse de los viajeros, á quienes consideran como otros tantos imbéciles; les dirigen la palabra en cuatro ó cinco idiomas, y desgraciado del que deje escapar una palabra en inglés. Entonces se traba una verdadera batalla al rededor del milord, hasta que toma este el partido mas prudente, cual es el de montar en el primer asno para que le conduzca á la primera

fonda. Así es como aparecen al principio los borriqueros; y solo cuando está uno familiarizado con la lengua árabe y no necesita recurrir á la jerga de tres ó cuatro idiomas, empleada por ellos, es cuando se puede llegar á conocerlos. Nada mas divertido que su labia, y particularmente los elogios que hacen de sus asnos.

«¿Ves tú, dice uno, este asno que te ofrezco? Pues sábeta que es una locomotora; compárale con los otros que te presenten y verás cómo se caen cuando los montes, porque son séres miserables, al paso que tú eres un hombre vigoroso. ¡Pero el mio!.. ¡ah!.. tu peso no seria nada para él; correria contigo como una gacela.»—«Es un asno *cahirin*, dice el otro; su abuelo era gacela y su bisabuelo un caballo salvaje. ¡Vamos, *cahirin*, corre para que vea el amo que digo verdad! No dejes mal á tus padres; anda en nombre de Dios, gacela mia, golondrina mia.»

»Un tercer borriquero alaba también el género, y por fin, uno de ellos monta un asno que tiene en venta. Los golpes, los palos y los picotazos entran en juego para obligar al animal á correr; otro borriquero va detrás, gritando á altas voces y maltratando tanto á sus pulmones, cuanto al pobre borrico.

«¡Ojo, señor, tus espaldas, tus piernas, tu costado derecho, se hallan en peligro! ¡Mira! ¡Un camello, un mulo, un caballo, un asno! ¡Ojo con tu cara, con tu mano! ¡Déjanos pasar, amigo, á mí y á mi amo! No insultes á mi amo, bribon, pues vale mas que lo que valia tu bisabuelo. Perdona, amo mio, que te han tocado.» De este modo pasa el borriquero por entre todos los animales y jinetes, carros, camellos cargados, coches, peones, y el asno no pierde un momento de su buen humor y su buena voluntad, dejando apenas refrernarse, y así galopa hasta llegar al punto de su destino. El Cairo es la alta escuela de todos los asnos; allí se aprende á estimar y querer á este excelente animal.

En cuanto á nuestro asno se le pueden aplicar las palabras de Oken: «El asno doméstico, dice, ha degenerado de tal modo á causa de los malos tratamientos, que ya no se parece á sus antecesores. Es mas pequeño; tiene un color gris ceniciento sin lustre, y sus orejas son mas largas y blandas. El valor se ha cambiado en terquedad, la ligereza en lentitud, la vivacidad en pereza, la prudencia en estupidez, el amor á la libertad en paciencia, y el brio en resignacion á los golpes.»

«El asno doméstico, dice Scheitlin en su excelente psicología de los animales, es mas inteligente que estúpido; pero en su inteligencia hay menos bondad que en la del caballo, teniendo una astucia que se manifiesta principalmente en sus caprichos y terquedad. Aunque hijo de esclavo, es alegre en su juventud, y le gusta saltar y retozar, como á todos los séres á su edad, pues á la manera que el niño, no puede prever su triste y miserable suerte. A la edad adulta debe tirar de los carros y llevar fardos; se deja adiestrar fácilmente y se somete á la voluntad del hombre, lo cual indica ya una prueba de inteligencia. Su paciencia cuando lleva una carga no es voluntaria, pues apenas queda libre de ella, se revuelca por el suelo y deja oír su espantosa voz.

»Su paso es muy seguro; pero unas veces no quiere avanzar y otras se precipita. Es preciso mirar continuamente sus orejas, porque las agita sin cesar y expresa así sus sentimientos. Los golpes son impotentes para hacerle avanzar; los desprecia y da con esto pruebas de ser tan terco como insensible. Reconoce á su guardian; pero nunca le cobra cariño, como el caballo, aunque corre á su encuentro y manifiesta alguna satisfaccion. Es de notar cuánto le afecta un cambio de temperatura; inclina la cabeza ó salta de alegría.

»Podemos dejar en buen lugar la reputacion del asno, diciendo que es susceptible de aprender muchas de las cosas

que se enseñan por lo regular al caballo. Hay muchachos que aprenden mas difícilmente, aunque mejor y con mas provecho; y esto es precisamente lo que sucede al asno. Si se trata de carreras, le adiestran para franquear los aros y disparar tiros, y salta muy bien sin asustarse. Se le puede enseñar á que ande al paso, á bailar, á que abra puertas con la boca, á subir y bajar escaleras; á designar la persona mas hermosa ó la de mas edad; á reconocer la hora en un reloj; á indicar, golpeando con el pié, el número de puntos de una carta ó de un dado; y á responder afirmativa ó negativamente, moviendo la cabeza, á las preguntas que se le hacen.

»La expresion de su fisonomía es particular, y rara vez la reprodujo con exactitud el pintor, quien olvida casi siempre lo que este cuadrúpedo tiene verdaderamente de asno; la forma de su cabeza se asemeja á la del caballo; pero la mirada difiere mucho de la de su congénere.»

Todos los sentidos de este cuadrúpedo están muy desarrollados, en particular el oído, siguiéndole la vista y el olfato; tanto el tacto como el gusto son defectuosos, y por eso el asno no es tan delicado como el caballo para el alimento.

Seguendo la opinion de Scheitlin, la inteligencia de este animal es mayor de lo que se cree, pues tiene una memoria excelente y un admirable instinto de localidad, reconociendo siempre el camino que una vez recorrió.

Por mas estúpido que sea el asno, es sin embargo astuto y malo; muchas veces se para de repente sin que los golpes lo hagan moverse; se echa al suelo con la carga, muerde y tira coces: muchos naturalistas atribuyen esta malicia á la finura de su oído, suponiendo que el mas leve rumor le ensordece y espanta. Mientras que el curioso naturalista se complace en observar sus costumbres, cuando recorre con un asno los sitios frecuentados por las fieras, el viajero que va para sus negocios se desespera, y esto sucede en los estrechos valles de las montañas de Abisinia. Por todas partes las orejas del asno presienten el peligro, las mueve en todos sentidos, las vuelve con inquietud hácia la roca donde cree escondida una fiera, y haciéndolas á cada momento cambiar de posicion, parece querer así examinar con el oído todos los alrededores; las endereza súbitamente, escuchando por todos lados; si el olfato confirma lo que el oído sospecha, el animal se amedrenta y no quiere ya moverse. Es probable que por aquel sitio haya pasado una fiera; el asno olfatea, mira, y escucha; las orejas le dan casi una vuelta completa sobre su cabeza, y solo cuando alguien se le pone delante, se determina á avanzar; su instinto le dice que si alguna fiera se presentara, atacaria primero al que le precediese y este pensamiento le devuelve toda su tranquilidad.

El asno necesita hacer uso en sus viajes de todos sus sentidos: si le tapan los ojos ó las orejas, ya no camina; únicamente sus instintos amorosos le hacen sobreponerse á todo.

En cierta ocasion no pudimos obligar á un asno viejo y ciego, destinado á ser devorado por los buitres, á subir á la montaña, sino poniéndole una burra delante; su olfato le sirvió entonces de guia, y siguió con mucho anhelo á su amiga.

Cualquier alimento le sirve: los desperdicios de la vaca y del caballo cómelos con gusto, lo mismo que los cardos y las plantas espinosas; pero en la bebida, por el contrario, es muy delicado; le importa poco que el agua sea salada ó amarga, con tal que sea limpia. En las marchas por el desierto esta cualidad es un inconveniente, porque por mas sediento que esté, no bebe el agua turbia de los odres; en cambio es menos sensible á la sed que el caballo.

En los últimos meses de la primavera ó en los primeros del verano, empieza en Alemania el período del celo para los asnos; en el mediodía dura casi todo el año.

El garráon demuestra sus deseos amorosos con el bien

conocido *i-a, i-a*, al que siguen despues de repetirlo ocho ó diez veces, diez ó doce rebuznos. Esta declaracion amorosa produce siempre efecto en la hembra, y excita también á todos los demás machos. Tan luego como la burra contesta á la voz de su pretendiente, prodúcese una verdadera revolucion entre todos estos cuadrúpedos.

Al garráon mas próximo le halagan aquellos sonidos; cree que van dirigidos á él y le parece un deber contestar, para lo cual rebuzna con todas sus fuerzas; un segundo y un tercero, y todos al fin, siguen el ejemplo, y así promueven un concierto espantoso, bastante para ensordecir á los circunstantes ó hacerles perder el sentido. Sin atreverme á decir si este es un verdadero testimonio de amor ó un capricho de los animales, lo cierto es que casi siempre un solo asno obliga á todos los demás á que rebuznen. Los borriqueros del Cairo parecen complacerse en oír la voz de aquellos animales; comienzan á imitarla para excitarlos; los cuadrúpedos se encargan de concluir, y la alegría de aquellos hombres llega á su colmo cuando todos los jumentos rebuznan á la vez.

Unos once meses despues de la monta pare la hembra un hijuelo, rara vez dos: el buche nace con los ojos abiertos; su madre le lame con cariño, y al cabo de media hora le deja mamar. A los cinco ó seis meses puede destetarle; pero el animal sigue á la hembra mucho tiempo. Durante su primera juventud no necesita cuidados especiales, comiendo, lo mismo que sus padres, todo cuanto le presentan. Poco sensible á las influencias atmosféricas, rara vez está enfermo; es un animal vivaz que manifiesta su contento con brincos y saltos; corre alegremente para ponerse delante de los otros asnos, y de este modo se acostumbra al hombre. Cuando se quiere separarle de la madre se encuentra dificultad por ambas partes; los dos se resisten y demuestran su pena con quejas é inquietud. En caso de peligro, la hembra defiende al buche con valor; sacrifícase por él y desprecia el agua y el fuego para salvarle.

A los dos años es el buche adulto; pero no se desarrollan todas sus fuerzas hasta los tres.

Aunque se haga trabajar mucho al asno, puede alcanzar una edad avanzada: se han visto individuos de cuarenta, de cincuenta y hasta de cincuenta y seis años.

LOS MULOS

Ya en los tiempos antiguos se cruzaban las razas caballares con las asnales, produciendo bastardos á los que se da el nombre de *mulos* cuando el padre pertenece á esta última raza, y *burdéganos* cuando la madre. Ambos tienen en sus formas mas de la hembra que del macho; pero el carácter se asemeja mas al de este.

EL MULO—ASINUS VULGARIS MULUS

CARACTÉRES.—Este équido llega casi al tamaño del caballo y se le parece también en su formacion; se distingue de él por las formas de la cabeza, la longitud de las orejas, la cola cubierta en la base de pelos cortos, y por los muslos raquiticos y cascos mas estrechos, que recuerdan el asno. En el color se asemejan regularmente á la madre, en la voz al padre.

EL BURDÉGANO—ASINUS VULGARIS HINNUS

CARACTÉRES.—Esta especie conserva el feo aspecto, el reducido tamaño y las largas orejas de la madre; del caballo tiene solamente la cabeza mas larga y delgada, los muslos mas pequeños, la cola pelada en toda su extension y la voz

relinchante. De la madre hereda también, además de las formas, la pereza.

El cruzamiento entre el asno y el caballo no se verifica voluntariamente: siempre es necesaria la intervención del hombre: precisamente entre los asnos y los caballos que viven libres se ha observado un odio que llega hasta el punto de trabar encarnizadas luchas. Se requieren, pues, muchas preparaciones y ciertos artificios para obtener cruzamientos: el garañón asno se apareja fácilmente con la yegua; pero no esta con él ni el caballo padre con la asna. Por lo regular se vendan los ojos de la yegua que debe ser cubierta por el asno, á

fin de que no pueda verle, ó se le enseña un hermoso caballo, y llegado el momento se le sustituye con aquel. Lo mismo se debe hacer con el caballo padre.

Es más fácil conseguir que se crucen animales acostumbrados desde hace mucho tiempo á estar juntos. De este modo pierden una buena parte de su innata aversión. Los antiguos romanos tenían ya cuidado de que los caballos y los asnos destinados á producir mulos viviesen continuamente en compañía; y los españoles y americanos del sur proceden todavía del mismo modo. Pocos días después de nacer los buches, se hace de modo que les den de mamar las yeguas,

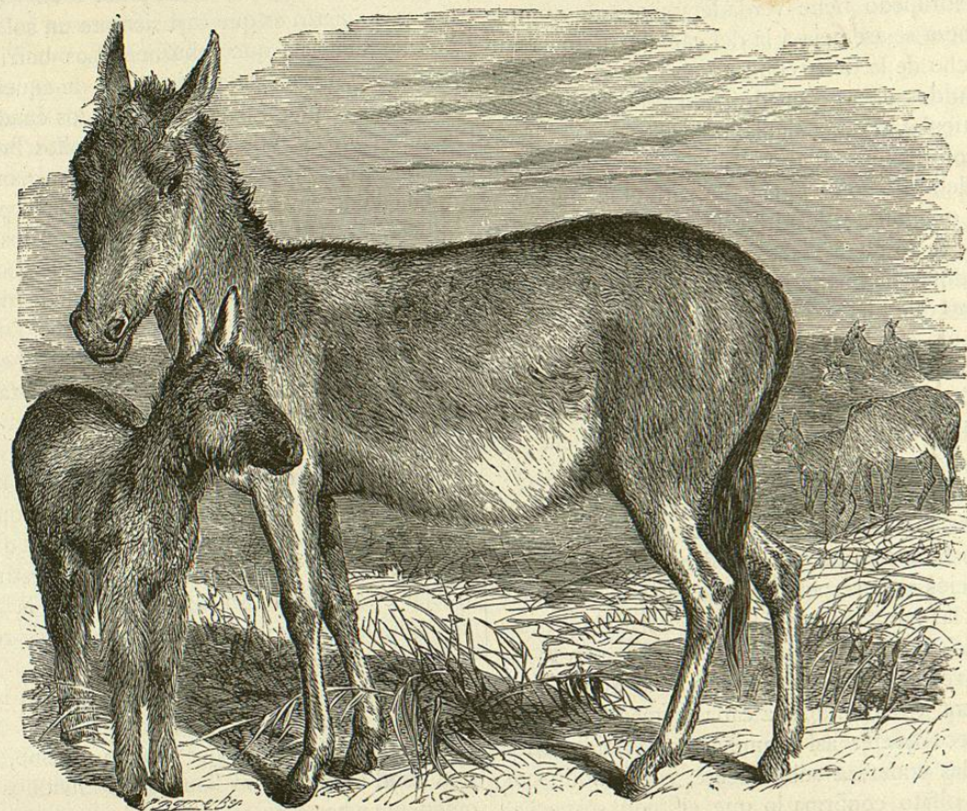


Fig. 194.—EL ASNO ONAGRO

y en la mayor parte de los casos domina el amor materno á la repugnancia que les inspiran los asnos.

Al poco tiempo se encariñan con los hijuelos y estos con las hembras, pudiendo suceder también que el buche prefiera los caballos á sus semejantes. En la América del sur no se puede conseguir aparear ciertos garañones con las asnas.

Es singular la conducta de estos cuadrúpedos criados por las yeguas; los americanos del sur abandonan sus asnas en los pastos y dejan á los garañones cuidar de las manadas, cargo que desempeñan perfectamente; pero no sucede lo mismo con los que crían las yeguas. Estos son perezosos; en vez de ponerse á la cabeza de la manada, la siguen; se mezclan entre las asnas y quieren que se les cuide. A las yeguas destinadas á la producción de mulos se les debe poner con caballos capones para que las conduzcan.

En la cría de mulos es condición muy principal cuidar mucho de la hembra preñada, porque los abortos son muy fáciles y nunca ocurren tantos como en este caso. El período de gestación es más largo para dar á luz el mulo que para producir el potro: el muleto recién nacido tiene las piernas más endebles que el caballo joven, y el crecimiento es más tardío. No se puede hacerle trabajar antes de los cuatro años; pero en cambio conserva toda su fuerza hasta los

veinte ó treinta, y aun hasta los cuarenta. Cierta viajero habla de un mulo de cincuenta y dos años, y un autor romano hace mención del mulo de Atenas, que vivió, según dicen, ochenta.

A causa de su mayor utilidad se crían casi exclusivamente mulos. Solamente en España y Abisinia he visto burdéganos; en el último país no había, según me pareció, mulos. Estos reúnen las buenas cualidades de ambos padres. Su sobriedad y resistencia á la fatiga, su paso suave y seguro son herencia del padre, su fuerza y valor un legado de la madre. En todos los países montañosos se consideran los mulos como indispensables; en la América del sur ocupan el mismo lugar que el camello entre los árabes. Un buen mulo lleva una carga de tres quintales, caminando con ella diariamente de tres á cuatro leguas; y aun después de un largo viaje, se conoce apenas una disminución de las fuerzas, aunque sea escaso el alimento y tan malo que un caballo no le comería. En el Brasil el mulo es, según Tschudi, de un valor inestimable, tanto para el comercio, cuanto para los viajeros. «Su fuerza, resistencia á la fatiga, astucia y seguridad, son cualidades que le hacen preferible en este concepto al caballo, por lo demás mucho más noble. No es osada de modo alguno la pretensión de que, sin el mulo, el grado de instrucción y civilización en una gran parte de la América meridional,

sería mucho más bajo de lo que es actualmente. Es verdad que no se pueden negar los muchos vicios que estos animales tienen y que hacen difícil, para el extranjero no acostumbrado á ellos, el tratarlos, exigiendo mucha paciencia; pero estos vicios desaparecen casi, comparándolos con sus buenas cualidades, tan útiles en viajes largos y penosos.»

Tschudi, que estuvo mucho tiempo en contacto con los muleteros y sus animales, describe de una manera tan instructiva, como minuciosa, la vida y la actividad de ambos. De esta descripción entresaco lo siguiente.

«El muletero brasileño, llamado *tropeiro*, practica con sus recuas de mulos el comercio entre las diferentes partes del país. Trae de las regiones más distantes del imperio los productos del suelo y de la industria á la costa, y en cambio se lleva de aquí objetos de necesidad diaria y de lujo; es el

agente para el tráfico y para el cambio de dinero, y por lo mismo, representa un papel de bastante importancia en la vida pública. Ha ejercido su oficio desde la juventud; niño aun, ya acompañaba las recuas, y en su persona reúne todas las cualidades necesarias para un trabajo tan difícil y penoso: valor, energía, fuerza, agilidad, presencia de ánimo, una resistencia tenaz para todas las fatigas y la mayor sobriedad. Varios campos y pastos, un reducido número de esclavos y sus mulos forman su hacienda; los últimos son su orgullo. Los cuida como si fuesen miembros de su familia; da á cada uno de ellos un nombre, conoce sus buenas y malas cualidades del modo más exacto, sabe, hasta con la diferencia de una onza, el peso que cada uno puede llevar, conoce á cuáles de ellos puede confiar una carga que necesita precaución, etc. Elige para su recua los mulos más hermosos y mejores que

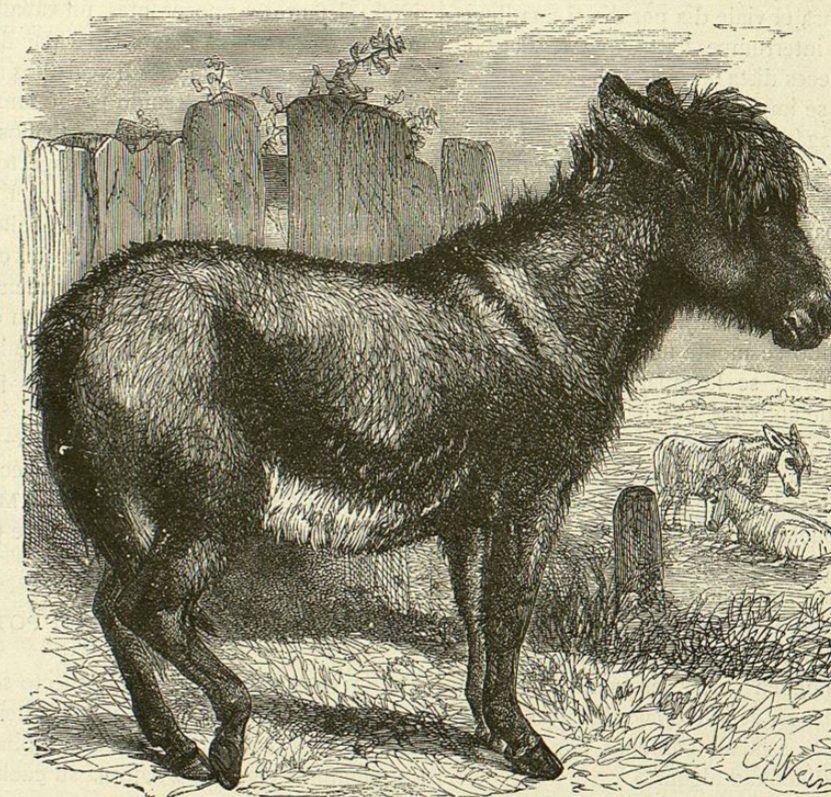


Fig. 195.—EL ASNO DOMESTICO

puede encontrar y pagar; tiene cuidado de procurarse buenos aparejos y atiende á los animales del modo más excelente.

»Cada recua se divide en otras pequeñas de ocho mulos cada una, y en las provincias meridionales de diez á doce, los que se ponen bajo la vigilancia de un criado. Estas divisiones, que siguen una á otra á distancias convenientes, marchan durante el viaje en fila, esto es, un animal detrás de otro; cada mulo ocupa su puesto fijo en esta fila con tanta exactitud, que puede decirse que el siguiente pisa las huellas del que le precede. Un animal guía llamado *madrinha* se halla al frente de toda la recua. Este es el mulo más bonito, experto y vigoroso de todos y al que se distingue poniéndole ostentosos adornos. Lleva sobre la cabeza un penacho de algodón rojo ó de otros colores, y en la correa de la frente una chapa de plata con el nombre del propietario; en una especie de armazón muy curioso hay cierto número de campanillas de agudo sonido que tocan alegremente cada vez que el animal se mueve; todas las correas de la cabeza y del pecho y á veces también las posteriores, están cubiertas de adornos de plata grandes ó pequeños. El animal conoce su valor y ocupa con orgullo su puesto; hay *tropeiros* que asegu-

ran que este mulo se pone triste y muchas veces enfermo cuando le quitan sus adornos y campanillas. Todos los otros mulos se acostumbran á oír las campanillas de la *madrinha* y la siguen por lo regular voluntariamente.

»Las recuas hacen jornadas muy cortas, pues no andan según el tiempo y la naturaleza del suelo sino dos, ó á lo más tres leguas, necesitando para esto de cuatro á seis horas. Cuando la recua llega después de la jornada al rancho, sotechado grande y vacío, abierto por un lado y provisto de pértigas para atar á los animales, el *tropeiro*, que se ha adelantado á la caravana, ha dispuesto ya lo necesario para pasar la noche, habiendo comprado primeramente el alimento en una tienda de la vecindad. Atase á los mulos inmediatamente á las pértigas; se les descarga, se les levanta un poco al aparejo, quitándose después de un rato de descanso; sigue á esto un examen minucioso de los lomos y se curan los sitios donde el aparejo ha hecho alguna matadura; renuévase los clavos necesarios en las herraduras, y en fin, se arregla todo del modo más conveniente. Entre tanto los animales empiezan á agitarse, pues han oído el ruido que producen los muleteros cuando echan el maíz en los morrales; relinchan, rascan la